

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIO:
DE LA
SUSCRIPCION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
Y 30 rs. for.
POR TRIMESTRE ADELANTADO
EN EL EXTERIOR
PLANO DE PAGO



LA REDACCION
y Administracion
RICAL, NUM. 88
A DONDE
DIRIGIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO QUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES ESTOS

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

EN LA VARIEDAD EL GUSTO.

No puede negarse que tienen gusto los libertadores cubanos, por ser una verdad evidente que todos los hombres tenemos gusto. El *quid* está en deslindar, en determinar la índole del gusto que tenemos, porque ese gusto puede ser bueno y puede ser malo. Tan malo puede ser el que no es bueno, tan perdido puede estar, que un hombre haga gestos al probar el azúcar ó la miel, como lo acredita el dicho: «al gusto estragado, lo dulce es amargo,» ó que se satisfaga con esa pena *corporeis afflictiva* de los palos que, en señal de su amor al progreso, acaba de restablecer la república del Salvador, según lo hace ver el proverbio: «hay gustos que requieren palos.»

Y entre paréntesis, ¡buen modo tiene de salvarse el Estado Salvador por excelencia, si solo con el palo puede conseguirlo! ¡Por vida de las repúblicas hispano-americanas! Ya veo yo que están justificando la opinión de uno de los mas bonachones demócratas que he conocido en el Viejo Mundo, el cual, quejándose del mal paso que llevaban las cosas políticas, solía decir: «Aquí lo que hace falta es establecer una buena república, poniendo á la cabeza un rey fuerte que pegue mucho palo.»

Conste, pues, que hay gustos malos, horrendos, atroces, depravados, sobre los cuales es lícito disputar, por mas que allá en la Edad Calceia, unos señores que se llamaban escolásticos, sin haber nacido el día de Santa Escolástica, y que disputaban sobre todas las cosas *et quibusdam aliis*, como Pico de la Mirandola, sentasen el principio de que «*de gustibus et coloribus non est disputandum*,» sentencia que tradujeron nuestros padres diciendo: «sobre gustos no hay nada escrito.» Sí, señores, hay gustos malos, malisimos, perversos, abominables, odiosos, y nadie me negará que el de renegar de la propia sangre pertenece al número de esos gustos.

Tienen, pues, un gusto atroz, inícuo, bár-

baro, execrable los que, siendo hijos de españoles, aborrecen todo lo español, y eso por pagar tributo á la doctrina democrática de la fraternidad universal; pero tienen ese gusto, y no hemos de negárselo, aunque se lo reprobemos.

Eso sí, los que han llegado á la corrupción del gusto, no se satisfacen con manjares buenos ó malos, si siempre son los mismos, y necesitan variar de ellos á cada triquitraque; debiendo, en mi concepto, haber llegado á esa lamentable situación el primero que dijo: «en la variedad está el gusto.»

Y bien, lectores míos; esa es la situación en que se hallan los enemigos de España. Perdieron el gusto completamente, y necesitan variar de alimento político á cada momento, para convencerse de que toman algo, cuando hacen por la muerte creyendo hacer por la vida, ó de que conservan el cuarto de los sentidos corporales, lo que no puede suceder, puesto que á todo libertador, de cinco sentidos, le faltan cuatro y medio.

Así esos hombres, que hace diez y ocho ó veinte años querían anexarse á los Estados Unidos, perdieron la afición á ese plato, viendo la indigestión que les habia producido á Narciso Lopez y comparsa filibustera, y apelaron, para saciar su apetito, al banquete de las reformas, declarándose furibundos reformistas.

Largo tiempo estuvieron pidiendo reformas; pero, precisamente cuando se les daba todo lo que pedían, dijeron que aquello no llenaba ya su antojo, pues á la sazón, lo que querían era la independencia. ¡Vaya un gusto raro en un país donde la independencia traería la desolación!

Marcháronse todos, unos á la Manigua y otros al extranjero. Los del extranjero constituyeron una Junta Revolucionaria, que al cabo de poco tiempo tuvo que ceder el puesto á otra Junta; no porque la primera fuese mejor ó peor que la segunda, sino porque el gusto estaba en variar de Junta, y los de la Manigua variaron de general en jefe cada

mes y medio ó dos meses, no porque unos valiesen mas ó menos que otros, sino por que habia que dar satisfacción al gusto, consistiendo ese gusto en variar de generales.

Mas hizo el presidente de la Manigua: despues de haber nombrado á Morales Lémus embajador de la república cubera en Washington, sintió el fastidio de la insipidez, y para dar variedad al gusto, nombró embajador á Quesada, sin despedir por eso rotundamente á Morales Lémus: cansóse pronto del nuevo representante y confirió el propio destino á Jordan, resultando que una república tan novata como San Ramon, llegó á tener tres embajadores en Washington, todo por la imperiosa necesidad de dar variedad al gusto que experimentaba el que habia tomado en sus manos el pandero de la presidencia, y que parecia estar diciendo para sí: mas vale un gusto que cien panderos.

Y vaya otro paréntesis para otra observación referente á la variedad en el gusto.

Ultimamente se ha resuelto que no haya ningún embajador cubero en los Estados Unidos, y que se mande uno á Inglaterra, donde podrá entrar diciendo lo del otro:

No he venido mas aprisa,
Porque á los ojos se salta,
Que hago yo aquí tanta falta
Como los perros en misa.

Por de contado, la broma de O'spedes le dió tanto gusto á Morales Lémus como si le rallaran las tripas; pero algun gusto le dió de todas maneras, aunque fuese del género de los que ha experimentado al ver el Mensaje del presidente Grant, y al saber el paradero que han tenido las expediciones del *Upland*.

¡Ay momentos, vive Dios,
En que asesina el placer!

ha dicho un poeta, y efectivamente, Morales Lémus, no pudiendo resistir la variedad de gustos que la rebelión le proporcionaba, parece que ha tenido el buen gusto de morirse, dejando desahuciada la causa que besó,

no contento con abrazarla, y perdidos y deshonrados para siempre á los amigos que aceptaron sus consejos.

Entre tanto, nuestros soldados atrapaban en la Manigua la bandera de la Cámara, bandera que tiene su estrellita de cinco puntas correspondiente y los mismos colores que las otras; pero todo esto combinado de distinto modo.

¿Porqué esa bandera, que se dice que ha sido conservada desde 1851, ha de diferir de las que hoy *trabaja* la infatigable Doña Emilia C. de Villaverde? ¿Puede hacerse con los colores y emblemas de un pabellón lo que con la redondilla del maragato Cordero?

Por si mis lectores no conocen esa preciosa redondilla, les diré que en un banquete patriótico que se celebró en Madrid en 1840, el dignísimo diputado por Astorga, mi difunto amigo D. Santiago Alonso Cordero, brindó diciendo:

Al general Espartero,
Con la mayor alegría,
Le felicita este día
El maragato Cordero;

y no solo se aplaudió, como era justo, esa redondilla tan espontánea, tan llena de naturalidad, tan sencilla como todo lo que merece llamarse bueno, sino que se observó que sus versos podían, como los términos de toda proporción geométrica, invertirse, alterarse &c. sin que faltase jamás el sentido. En una palabra podría decirse

El maragato Cordero
Con la mayor alegría
Le felicita este día
Al general Espartero.
Con la mayor alegría
Al general Espartero
El maragato Cordero
Le felicita este día.
El maragato Cordero
Le felicita este día
Al general Espartero
Con la mayor alegría.
Le felicita este día
El maragato Cordero
Con la mayor alegría
Al general Espartero.
El maragato Cordero
Con la mayor alegría
Le felicita este día.
Con la mayor alegría
Le felicita este día
El maragato Cordero
Al general Espartero.
&c., &c., &c., &c., &c., &c.

Dió, pues, el bondadoso y noble maragato un tema poético susceptible de bellas y numerosas variaciones, que hacían grata la repetición de una sola idea, confirmando con creces la opinión de Horacio: «*Hæc decies repetita placebit*». Pero estas variaciones que de tan buen efecto son en la poesía y en la música, ¿pueden tener aplicación á los colores y símbolos de las banderas?

¿Qué es eso? ¿No han hecho mas que tener aspiraciones á la independencia los libertadores cubanos, y en menos de veinte años gastan dos banderas distintas?

Eso basta para hacernos ver lo que sería Cuba independiente.

En veinte años pasaría por todas las formas de gobierno, desde la república democrática al imperio, y desde este á la oligarquía, cambiando de bandera cada dos ó tres meses. Solo una cosa sería inmutable: ¡la anarquía!

Pues bien: nosotros, los que defendemos la española nacionalidad, insulares y peninsulares, que constituimos la inmensa mayo-

ría de la población cubana, preferimos la fructífera monotonía del orden á las costosas satisfacciones que con su variedad de gustos proporciona la anarquía, y por eso mantenemos esa vieja bandera que Cristóbal Colón trajo al Nuevo Mundo, y que, sépanlo bien nuestros enemigos, permanecerá invariable flotando en Cuba y Puerto Rico *per omnia secula seculorum*.

EL MORO MUZA.

LAS AMAZORRAS.

POEMA HISTÉRICO

POR MIRAMAMOLIN.

CONCLUYE EL CANTO PRIMERO.

Firmeza, pues, brindaba en sus rigores
La Patria que ostentó tanta paciencia.
Y se apartó de aquellos malhechores
Ebrios ya de entusiasmo..... incontinencia.
Quedaron á sus anchas los traidores,
Que, en muestra de la sana independencia,
Y libertad civil que propalaban,
Solo *jarda Cuba!* y *¡a vivir!* gritaban.

Darse quiso, aun de infames bandoleros
Componiéndose el bárbaro partido,
Digna organizacion á los guerreros
Que lanzaban tan áspero berrido.
Así, los mas solemnes marrulleros,
En vez de *organizar*, dado el sentido
Que esa técnica voz tiene en Castilla,
Mostolizar pensaron la cuadrilla.

Premeditaron, pues, los insurgentes
Obsequiar con el puesto mas bonito
Al que mas presentase *anti-decentes*.
¡Hombre! ¿De la expresion me felicito!
Propúeseme decir *antecedentes*,
Y un *lapsus* padeci, *¡lapsus bendito!*
¡*Lapsus* providencial de que me alabo,
Que errando di en el *quid*, vulgo, en el clavo!

Ello es que se pensó, como se piensa
Entre furias del báratro abortadas,
Trocar el mejor lauro en ruda ofensa,
Con otras mil y mas barrabasadas.
Pensóse, pues, al dar la recompensa,
Por virtudes tomar las canalladas;
Y así, no fué el mas bravo el que mas brillo
A la chusma debió, sino el mas pillo.

Era el *mandón*, como decirse suele,
Ojo derecho de la gente estulta.
La *erre*, al pronunciar, cambiaba en *ele*
A veces, de ello haciendo gala inculca.
Por eso y otras gracias, el pelele
Logró alcanzar, entre la turba multa,
Un *aura popular* tan asquerosa.....
Que ya fué, casi, casi, *aura tiñosa*.

El tal ciruelo, alzado con presteza
Del bando infiel á la aplastada cumbre,
Quiso arengarle, insólita extrañeza
Causando entre la folla muchedumbre.
Porque de ella arrimóse á la cabeza,
En lo cual se apartó de su costumbre,
Pues antes, os diré, y esto no es broma,
Que á donde él se arrimaba era á la *cota*.

«*Caterva*, dijo, estoy *avergonzado*
«De que me *haigais* nombrado *plésidente*,
«Que hombre no nuestro *sel* *sivilizado*,
«Siendo *casique* de tan tosca gente.
«*Pelo*... ¿qué se ha de *hasel*? Me habeis nombrado,
«Y lo debo *aseptal*, *segulamente*,
«Pues *fuela*, *clato* está, *mentila* inmensa.
«*Desil* que alguna *ves* tuve *velgüensa*. (1)
«Vaya, *caterva*, aquí, ¿de qué se *tlata*?
«De *dalse* con *fulol* al *melodeo*?
«De *robal* y *matal*, hablando en plata?
«De *andal* continuamente de *buleo*
«Con la blanca, la *negla* y la *mulata*?
«Pues bien, ¡ah! yó de *goso* me *maleo*.

(1) Eso de hacer de la *erre*, *cle*, de la *z*, *s*, y de la *ll*, *y*, con otras lindezas por el estilo, es eminentemente liberal, según los autores *autonomistas*.—Nota del vecino mas *ecceano*.

«Está ya la *replública* en ensayo,
«Y haga el que *quiea* de su capa un sayo.
«Estos, aunque *pleroquen* *calcajadas*
«De los que ya nos *milan* como infieles,
«Vuestros *delechos* son, que en emboscadas
«Vamos á *defendel* como *lebleles*.
«No os hablo de *debeles*, *camaladas*,
«Pues sé que entre nosotros no hay *debeles*,
«Y eso, con *desision*, *desirto* puedo,
«Yo, que no pago nunca lo que debo.
«Y vosotras, *mujeles*, que á los montes
«Con *cololes* venís blancos y *asules*,
«Para *inspiral* el canto á los *sinsontes*,
«Y ánimo *dal* á *impádicos* *gandules*.
«Si, *vástugas* de *blavos* *Aglamontes*;
«Si, *nietas* de *sobelbios* *Betancules*,
«Que ya, para *poblat* muchos *distlitos*,
«Tantos disteis á *lus* *Betanculitos*:
«Decís bien, *hallo* tiempo el yugo infando
«Habeis estado de la ley *sufliendo*;
«Conque..... *¡a vivir!* Estais *acleditando*
«Que *amais* la *libeltad*, aquí viniendo.
«Aqui la *gosaleis*, al *fuelte* bando
«De la *clápula* *etelna* *enaldesiendo*,
«Y tan esto es así, voto á mi abuela,
«Que de *echalme* á *viril* tengo *dentela*.»
Su discurso acabando, quien, sin duda,
Jamás probó tener ningún discurso,
Pronto los que debieran darle ayuda
Pudo elegir, pues apeló al recurso
De los *anti-decentes*: y sañuda
Faz mostró luego el criminal concurso,
Pronto á prestar á toda providencia
De sus jefes..... formal desobediencia.
(Continuad.)

CARTA DEL MORO VARGAS AL "MORO MUZA"

(CONTINUA.)

El batallón de Recio tenía 107 hombres: los demas algo menos, porque no era tan buena gente y cogía el olivo todo el que ponían de avanzada. En todo seis batallones; pero eso sí, *a la campana*. Todos los días daban batallas y corrían tanto los españoles, que si un día estaban en Saramaguacán, al siguiente iban á parar á Magarabómba.

No hay mas que leer «El Cubano libre» ó «El Mambi», periódicos manigueros, para aprender victorias. Si es en las Villas, en Manicargua y en Guaraabulla hubo buena zorra: el general polaco Rolof hizo prodigios, si bien le quitaron el machete y los papeles. En Oriente, andaba Holl por Remanganagnas y Culo-al-aire haciende de las suyas. Julio Peralta había dado en Holguín una leccióncita á los voluntarios de Fray Benito, (1) aunque tuvo veinte y tres muertos, porque los voluntarios eran cincuenta y él no tenía mas que cuatrocientos hombres. En fin, en el Camagüey hubo palos en el Ciruelito y en el Corojito, en Guaicánamar, Camaján, Caurege, Guásimos, Tucunú, Jigüey y otras acciones, todas memorables.

Ademas, veinte y cinco españoles que cayeron en Bonilla cortando forraje, fueron hechos picadillo. Mas de doscientos guajiros ahorcados, porque los muy tunos se querían presentar al infame Gobierno, y como el vómito prieto, que es el gran patriota, está matando cada día de ochocientos á mil catalanes y no cabe duda, porque lo dice el «Cubano libre», que es el periódico oficial, esto tiene que acabar muy pronto, y Cuba será libre. Cuando un pueblo quiere una cosa no hay remedio; aunque viniera ese Torquemada que dicen que ahora manda en España, sería lo mismo. Ya los cubanos le han enseñado los dientes en Barcelona.

Refiero, Muza, muy en extracto, todo lo que charlaron aquellos salvajes. Juzga de la impresión que yo sentía escuchándoles. No desplegué mis labios, encogiéndome de hombros cuando me preguntaron á donde quería ir. Sentí que la musulmana gravedad recobraba en mí su

(1) Sorprendíame que hubiera todavía conventos en Cuba y que un fraile mandase fuerzas españolas, hasta que mas adelante supe que Fray Benito era un pueblo.

asiento, y por la Montaña Sagrada juré en mi interior no estar por mucho tiempo en semejante compañía.

Al anoecer rompió la marcha la partida, en busca del jefe Recio, para comunicarle el buen éxito de la expedición. Caminábamos durante la noche, dormíamos de día, comiendo un plátano aquí, carne sin sal allí, y á veces, Dios guarde á V. muchos años.

Al cabo de quince días de peregrinación, siempre dentro de la manigua, con frecuentes sustos y alarmas, pasando y repasando sitios de nombres imposibles, no habíamos encontrado un insurrecto para un remedio. Recio y los suyos debían estar de Romería.

Alguna que otra mujer en ranchos del interior de los montes, al aperebir el movimiento de las ramas y sin esperar á conocer la causa, salían como alma que lleva el diablo, levantando el *tánico* mas de lo que se acostumbra en circunstancias ordinarias, y dejando como presa de la manigua pedazos de la cola, greñas ú otras frioleras.

El Hércules congo estaba desesperado, sin saber qué hacer.

—José Inés, dijo al fin á uno de los mulatos de la partida: bótate del caballo, y ahoritica mismo te paras en aquel mango aguaitando si vienen los patosos, no seas sinvergüenza y te duermas como el otro día, porque te guindo como Dios pintó á Perico. Por aquí, añadió, ni de noche estamos seguros: por muy buena que sea la Sierra de Najaza ese cocuyú de todos los diablos (1) la conoce tan bien como yo. No hay que descuidarse.

—Soldaos, soldaos, dijo por lo bajo, confirmando la recomendación, el que acababa de encaramarse en el mango. Ya están encima.

—¿Por dónde vienen?

—Por el camino de Anton Blanco.

—A juir, señores, mandó el jefe.

—Pero, ¿cuántos son? preguntó el yankee, mientras colocaba una cápsula en el Remington.

—Son cinco.

—Entonces, ¿por qué huir si somos doce?

Eramos, debió decir: blancos, negros y chinos habían penetrado en la espesura, cada cual por su lado, sin hacerse repetir la orden, disparando las armas sin saber á donde, y los dos compañeros de viaje nos encontrábamos como gallina en corral ajeno, sin descubrir otra vereda que la que trían los soldados.

Miré al yankee: su fisonomía no había sufrido alteración: eligió con la vista el árbol mas grueso, una palma; se patrapetó con el tronco, sacó de una bolsa varias cápsulas, que puso en el bolsillo derecho del pantalón, y escuchó el galopar de los caballos.

No sé como vino á mi memoria en estos momentos una fábula que aprendí en la niñez:

Pedro Ponce, el valeroso.

Y Juan Carranza, el prudente,

Imitemos á Carranza, es la moraleja.

Mi flamante Winchester fué á parar á lo mas espeso que ví á mano: gané las ramas de una magnífica ceiba, sofocada por el ingrato jagüey, y me agazapé, dispuesto á observar lo que ocurriera.

—Por aquí sonó, dijo á poco rato un soldado español, penetrando valientemente en el claro, con cincuenta pasos de delantera á los otros.

Ví volar su sombrero por el certero disparo del yankee, y ví caer á este á la descarga de otros soldados, que por la parte opuesta penetraban sin previo aviso.

Aquí acabó la historia de J. J. Wolf. Dos balas le habían entrado por la espalda.

Es posible que los soldados conocieran después detalles suyos, porque tan luego como se reunieron en el descampado los doce ó quince que componían ambas secciones y hubieron reconocido y registrado mata por mata, las inmediaciones, hicieron la misma operación en los bolsillos del difunto, sin pararse en *dimes* (2) y diretes.

Todo iba perfectamente, á no haber tenido

uno de los soldados el capricho de comer mangos.

Los soldados tienen diabólicas ideas.

Apoyando el cañón del fusil en la rama mas baja del árbol, empezó á dar magníficas sacudidas, que produjeron el desprendimiento de la fruta deseada; pero abajo vino al mismo tiempo el mosqueton de José Inés, que por lo visto no estaba aperebido para aquel lance.

Sorprendido el soldado del desprendimiento, sin acordarse ya de su apetito, recogió el arma y escudriñó con la vista, preparada la suya, la copa del árbol.

—¡Sargento Longinos! Un sinsonte! ¡un sinsonte! gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—No le tires, dijo el sargento acudiendo: si es sinsonte cantará de lo lindo; pero como estos pájaros nunca andan solos, á ver, muchachos, si la pareja anda por ahí.

Con la nariz al cielo salieron entonces una media docena, y de nada sirvió mi intencion de incrustarme en el tronco. No habrían pasado cinco minutos, cuando oí debajo de mí.

—Oye tú: ¿qué lámina es aquella que hay en la ceiba?

—Parece un cura: tiene balandrín.

—¿Cómo ha de ser cura? ¿pues no ves que gasta gorro catalán?

—Eso no es gorro catalán.

—Ahora sabremos lo que es. ¡Eh! esperpento: abajo prontito, si no quieres bajar de cabeza.

Esta insinuación me obligó á deslizarme al suelo, porque las alusiones á mi chilava de Tremecén y al gorro tunecino, no me dejaban duda de que se trataba de mi persona.

Sufrió un interrogatorio del sargento Longinos, y el correspondiente careo con José Inés; de donde resultó que á uno y otro nos pusieran coito con codo.

Sin embargo, observé que el sargento no me miraba con malos ojos. Longinos había hecho la campaña de Marruecos, y mi traje y mi relación, que me hizo repetir, despertaron su curiosidad. A cambio de infinitas preguntas, me comunicó que sus padres habían pensado hacer de él un obispo, y le habían puesto en el seminario de León, donde había pasado resignadamente por *sermo*, *sermonis*; pero que en *quis vel quid* había encontrado dificultades supremas, y como al mismo tiempo llegara á las becas el ruido de las acciones del Serrallo y del Boquete de Anguera, se había puesto de acuerdo con un compañero, y escurriéndose bonitamente una noche, habían ido á parar á Cádiz, donde sentaron plaza, siendo seguidamente destinados al regimiento de Borbon, número 17, y asistiendo á todos los hechos de aquel brillante cuerpo. En Tetuan había aprendido á decir en árabe, «buenos días», con lo cual adelantó en este idioma casi tanto como yo en el latín. Pasó voluntario á Ultramar al final de la guerra: aprovechó desde el principio las delicias de la insurrección, ganando los galones de sargento primero, con las, un chirlo de machete, el vómito negro, el cólera y unas tifoideas, á cambio de unos cuantos mambises que llevaba despachados.

Por epilogo contó Longinos que la columna del Comandante Montaner, á que pertenecía, en combinacion con las de los coroneles Fajardo y Chinchilla, acababan una operación de muy buen resultado, en que habían mordido el polvo una docena de cabecillas; se habían dispersado las partidas, y las tropas descansaban á una legua de distancia, abrazando las contraguerrillas un radio de tres.

Utilicé las buenas disposiciones del sargento para mi particular instruccion, observando, ante todo, que era buena suerte la de haber muerto doce jefes en un solo encuentro; mas segun mi interlocutor, esto no tenía nada de particular, porque era tanta la abundancia que en el campo rebelde hay de Generales y Coroneles, Prebostes y Prefectos, Gobernadores y Ayudantes generales, que lo difícil sería tirar á un grupo de diez hombres y que no cayera un titulado. De dos meses á esta parte había merma muy regular en los empleados militares y civiles de la república, y aun en los pretendientes á tales distinciones, que solían pagar

un tanto caras, de modo que van ambicionándose con preferencia las plazas de Ministros plenipotenciarios, Embajadores, Generales ó siquiera, coroneles de Nueva-York.

—¿De Nueva York? pregunté al llegar aquí. ¿Qué hacen allí?

—Hacen la guerra: contestó muy formal Longinos. Dan grandes batallas en *Broadway*, en los *meetings* y en otras partes. Desde allí han tomado á Puerto-Príncipe, Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Las Tunas, Sancti-Espíritus, y no sé si alguna ciudad mas. Cuando no hay otra cosa que hacer, dan batallas los unos á los otros, y se entretienen en escribir unas tres docenas de periódicos, que tienen otros tantos lectores, siguiendo la escuela de Manolito Gazquez, ó de cualquier otro embustero fanfarron si lo hubo mayor. ¡Oh! en esto dan diez y raya al que mas despunte, y es divertido ver como sueltan bolas mas que letras. Por supuesto, aquel caribe Hatuey que veneran, era un angelito comparado con los españoles, que se desayunan con media docena de chicos y cenan otras tantas viejas *sancochadas* todos los días.

—¿Y quién dirige á esos señores de Nueva-York?

—No son señores; son ciudadanos. Tienen varios directores de orquesta, que desafinan mas ó menos, y nunca cogen el compás. El principal ahora es un tal Aldama.

—¿Es Ministro, ó General?

—Es lo que aquí llaman un *guanajo*. Mientras le duren los buenos pesos que reunió su padre, trabajando como *paton* que era, durará la cortesía. Cuando se acaben, le tratarán como un badulaque que es.

Muy enterado está V. de lo que pasa en Nueva-York, Longinos.

—¿Pues no he de estarlo? Ya he dicho á V. que el principio de mi carrera fueron las letras. Estoy suscrito al «Diario de la Marina», que es grande y lo cuenta todo.

En esto llegamos á una *sabana*, que dominaba magnífico paisaje. A orillas de un arroyo acampaban fuerzas, que no bajarían de mil quinientos hombres, en cuatro grupos ó columnas separadas. Eran las que acababan la operación combinada de que habló Longinos.

Pero no se diría que aquella gente llevara seis días de marcha, á razon de ocho á nueve leguas. Había grupos en que, al compás de música de gargantilla, se bailaba la jota ó la muñeira con un ardor envidiable. De otros salían con perfecta armonía los populares coros de Clavé. Los había ocupados en la grave tarea de dar vueltas á un asador improvisado y en contemplar las variaciones de aspecto de un lechón y tres gallinas atravesadas. Trepaban unos por los cocos, buscando su fresco fruto. Algunos, despojados de la camisa, la lavaban en el arroyo. Dormían no pocos con la misma tranquilidad que en colchon de pluma, mientras las avanzadas y prevenciones se mantenían al arma.

Era un cuadro digno de un gran pintor. ¡Qué variedad de actitudes! ¡qué lujo de movimiento!

Este es el soldado español, hube de pensar. Siempre el mismo. Allí veo al Castellano: ha adoptado en Cuba el colete y las calzas, el chamberg y las botas. El color y la materia del equipo son distintos, mas la forma es igual á la que usaban los *poderes* del Cardenal Cisneros, como lo es su soltura y agilidad. Tiñase ese traje de rojo y de amarillo, y se verán los Tercios viejos.

¿Y aquellos otros? ¡Ah! Los reconozco tambien. Son los almogáraves. El mismo aspecto: la propia decision de aquellos de Grecia y Turquía. Tal vez gritan todavia, *desperta ferro*, en trances apurados!

¿Qué ejército el español! Los tiempos y los climas no ejercen influencia en sus condiciones. Podrán faltarle la paga, el alimento y el vestido: no le falta jamás el buen humor. Con tales hijos, cualesquiera que sean las vicisitudes que el Destino tiene á España preparadas, han de vencerse las adversidades y salvarse los naufragios.

(Continuad.)

(1) Montaner.

(2) Moneda americana.



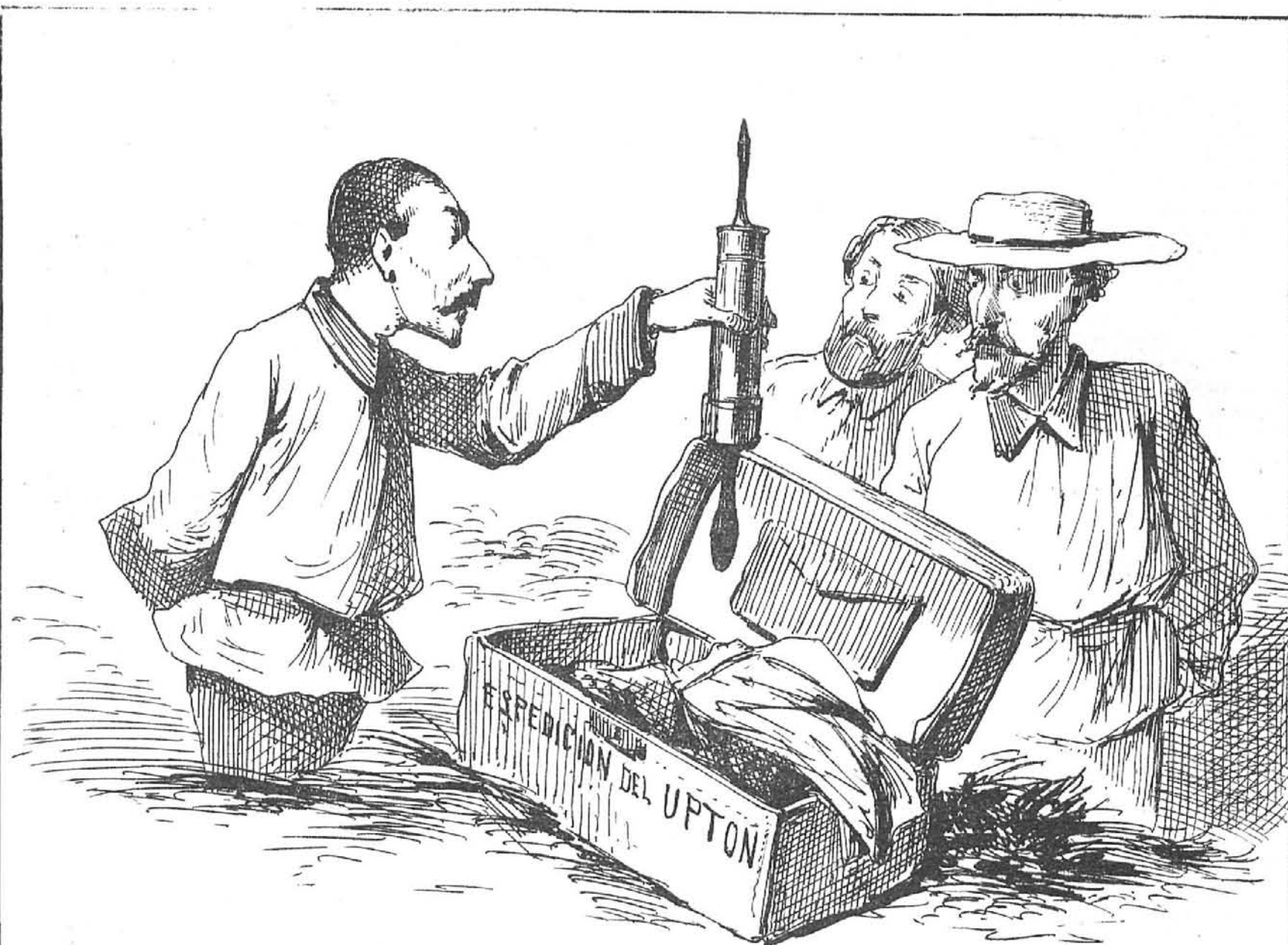
DESPEDIDA DE DOÑA EMILIA.

—Marcho á Cuba, Cirilo, á defender nuestra causa. Tu te encargas de concluir las banderas que dejé empezadas, Cirilo.

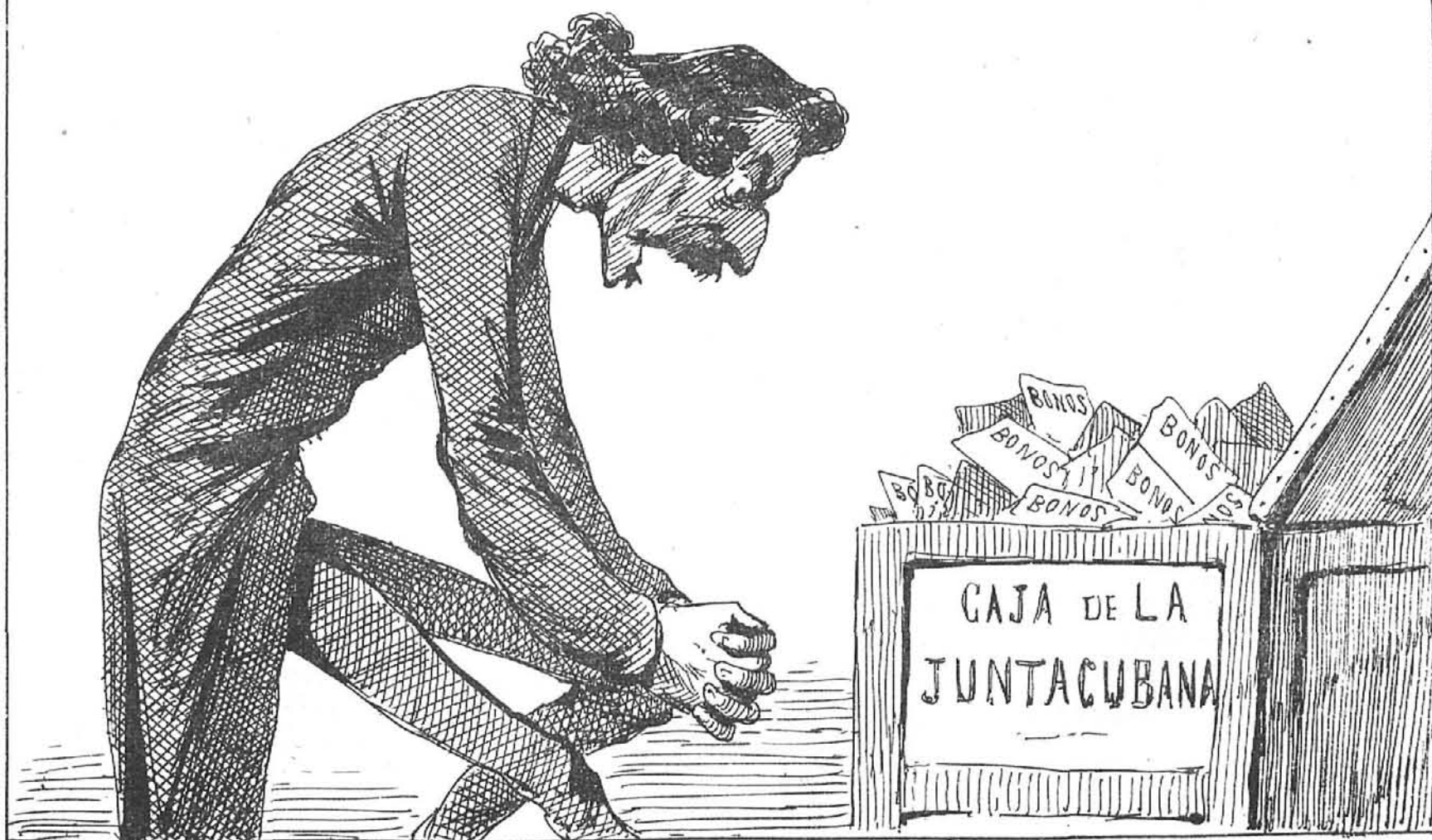


Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87.

Mientras las damas cubanas-neoyorquinas organizan una expedición contra Cuba, Morales Lémus se decidió á servir de criandera con los niños de las patriotas; pero tanto tiraron estos..... que se chuparon el *nodrizo*.



El baston de mando que la Junta de Nueva York remitia por el vapor *Upton* á Carlitos Manuel.



EL ROBO DE LOS 87.000 PESOS DE LA JUNTA.

ALDAMA. —Cielos!! se han llevado el dinero y han despreciado los bonos! que falta de patriotismo.!!! Si será esta la comision que

DON PEDRO JIMENEZ.

He aquí, lectores, uno de los nombres mas populares que yo conozco.

Tan popular es el nombre de D. Pedro Jimenez, que, bien recibido en los palacios, ha llegado á ser familiar hasta en las tabernas: como que, si los concurrentes á estas no tienen por punto general una instruccion muy sólida, no puede negarse que la tienen líquida, y esta es justamente la que inspira mas veneracion hácia el inmortal D. Pedro Jimenez.

¿Qué dicen los biógrafos acerca de ese buen señor, cuyo nombre es mas popular que los de Aristóteles, Séneca y Galileo? Nada, y eso prueba las injusticias de los mortales. Se habla de Erostrato, que para hacerse célebre quemó el templo de Diana; se habla del general Banks, que, despues de haber demostrado su absoluta incapacidad militar en la Luisiana, está enaltecido en Washington á los Erostratos de Cuba, y nada se dice de D. Pedro Jimenez!

¿Será porque gozan el concepto de tontos los que aclaman este respetable nombre? Al contrario, los mas acérrimos partidarios de D. Pedro Jimenez son, precisamente, los hombres de chispa, y eso es lo que quizá le ha perjudicado en el concepto de los biógrafos aludidos.

Pero, á pesar de todo, la popularidad de dicho señor sigue propagándose de tal modo, que no extrañaría yo que las amazonas cubanas reclamasen su auxilio para la campaña que van á emprender contra nosotros, pues así me lo hace sospechar la afición que esas señoras tienen á los *tirabuzones*, y eso sería temible, porque si á las tales amazonas no las embriagase el entusiasmo liberal, es seguro que les embriagaría el auxilio de D. Pedro Jimenez lo bastante para hacer alguna que fuese sonada.

Bien que, harto ha hecho por embriagarse así el famoso Aguilera, y los resultados han sido contraproducentes, como todo lo que se hace entre los *libertadores*. Cabalmente ese partido, que tiene una porcion de *Armas* á su disposicion, se queja de faltarle el armamento, y siendo sabido que figuran en él muchos *Valientes*, la experiencia acredita que casi todos merecen la nota de cobardes.

Volviendo á D. Pedro Jimenez, diré que no sé cómo un hombre que tiene tantos partidarios no ha llegado siquiera á proclamarse emperador. Menos y peores satélites que dicho señor tiene Carlos Manuel de Céspedes, y sin embargo, veo que trata de continuar en Cuba la dinastía de los antiguos soberanos de Méjico.

Así, al ménos, se deduce del nombre de *Moctezuma* que en una de sus cartas le ha dado D. José Valiente; cosa en verdad tan inexplicable tratándose de un republicano, como la ocurrencia de aquel diputado norteamericano que aboga por la beligerancia de los *mambises*, fundándose, no en las prescripciones de derecho internacional generalmente admitidas, sino ¡pásmense ustedes!... ¡en el valor relativo de los jamones!

¿Quién concibe eso? Para mí, una de dos: ó ese diputado quiso decir *jamones*, en vez de

jamones, mostrando su afición á las amazonas que tenemos en perspectiva, ó al sacar á relucir la carne de cerdo, á propósito de la independencia que piden los rebeldes cubanos, vino á confesar implícitamente que la causa aclamada por ellos, y defendida por él, es la mas marrana que el mundo ha conocido.

Pero vuelvo á D. Pedro Jimenez, y digo, que si no ha trabajado en beneficio propio, no ha dejado por eso de causar algunos trastornos aun en las cabezas mas conservadoras, si bien esos trastornos son pasajeros, por lo regular, y se corrigen pronto, en virtud de la ley de orden público natural que se llama *el sueño*.

¿Consistirá la abnegacion aparente de Don Pedro Jimenez en que sus partidarios carezcan de recursos, ó estén divididos? No lo creo. Verdad es que entre ellos los hay tan pobres que usan mala capa, y por eso se ha dicho que debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor; pero tambien los hay mas ricos que Aldama, cuando Aldama era rico, y en cuanto á divisiones, no las comprendo entre personas cuya alegría es proverbial, que *alegres* y bien *alegres* suelen casi siempre estar los partidarios de Don Pedro Jimenez, aunque, como vulgarmente se dice, pasan la vida á *tragos*.

Dos de esos adeptos de D. Pedro Jimenez felicitaron á su ídolo en el *Diario de la Marina* el día de San Pedro, en lo cual nada hubiera yo visto de particular, si no fuera porque uno de ellos terminó su soneto de cajón diciendo:

¿Será, pues, mi pasión por ti raquítica,
Cuando te hago un soneto muy llamante,
Y arrostró de Villergas, boy, la entic?

Porque como ese Villergas es el director de nuestra publicacion, la indirecta se parece á las del Padre Cobos.

Y bien, digo yo á los mencionados adeptos de D. Pedro Jimenez: no temais la crítica, esta vez incompetente, del Moro Muza, porque como la ley de Mahoma le prohíbe el uso del vino, es natural que se abstenga de todo lo que con él se relaciona. Ciertamente es que entre los cristianos no hay tantos escrúpulos, como lo prueba el hecho lamentable de que, no debiendo pensar mas que en las cristianas, algunos de vosotros mostráis decidida afición á las *turcas*; pero el que otros se condenen á ciencia cierta, no es una razon para que nosotros hagamos lo mismo.

Absténgome, pues, de toda crítica en esta ocasion, y solo os advierto que, ya que en tanto estimáis al Sr. D. Pedro Jimenez, de acuerdo en esto con la Sagrada Escritura, en la cual se ha dicho: *vinum bonum laetificat cor hominis*, tened cuidado en distinguir lo falso de lo verdadero; porque, así como hay piratas que izan bandera americana para engañar á los marinos españoles, abuso que debe tener un término pronto y contundente, y así como no faltan especuladores de mala ley que anuncian las cosas que venden con nombres que no pueden llevar legalmente, así puede haber quien pretenda hacer pasar por Don Pedro Jimenez á cualquier otro Pedro, aunque sea el de los Palotes. He dicho.

EL MORO MUZA.

LAS VISITAS.

I.

—Estoy siempre debiendo visitas, decia no ha muchos días, en presencia mía, una señora jóven y bella: cada día tengo mas; es una fatiga; ¡pasan de cuatrocientas! Así es, que siempre estoy en falta con las gentes: mi última enfermedad me ha atrasado de tal modo, que no sé qué hacer.

—Hay un medio fácil de salir del paso, opinó otra amiga de ambas que la oía: se toma un carruaje durante ocho días seguidos, y se hacen cada día veinte ó treinta, dejando tarjetas en las porterías, ó subiéndolas al lacayo.

—¡Magnífica idea! exclamó la dama: lo salva todo: cumplo con las gentes, como quien dice sin tiempo!

Formaba parte de la reunion un anciano, respetable por su elevada inteligencia, no menos que por su edad avanzada: era tío de la que acababa de hablar, y la queria con un afecto completamente paternal.

—¿Por qué haces tú visitas? le preguntó, despues de haberla mirado en silencio durante algunos instantes, con la penetrante y dulce expresion que le era habitual.

—Hago visitas, querido tío, para cumplir con las gentes.

—¿Solo por eso?

—¿Y por qué otro motivo se hacen?

—Por afecto á las personas á quienes se vá á visitar.

—¿Dios mío! exclamó la jóven señora: si fuéramos á amar á todas las personas á quienes visitamos, ¿dónde habría corazón para tanto? Además, amistades verdaderas ¡hay tan pocas!

—Por cierto, hija mía, que dices ahora lo que sientes, y veo en tu rostro que este conocimiento te causa una verdadera tristeza; tienes razon: la amistad verdadera es difícil hallarla, y las personas que llevan el género de vida que tú llevas, no la encontrarán nunca: porque todo lo que dais á la frivolidad, se lo quitais al corazón.

—No lo entiendo á V., mi querido tío.

—Yo me explicaré: ¿por qué visitas á tanta gente?

—Porque toda esa gente me visita á mí.

—Y entre todas esas personas ¿hay muchas que te aman?

—Acaso ni una sola, contestó con un suspiro mi amiga: ¡acaso ni una sola se interesa por mí!

Y eso ¿en qué consiste? Siendo dulce, bondadosa, amable en tu trato, ¿cómo es posible que seas generalmente antipática?

—¡Tío! ¡No creo que nadie me profese antipatía! exclamó la jóven resentida.

—Entonces, ¿eres indiferente á todos?

—¡Eso será mas bien! pero ¿antipática? ¡oh, no! ¡A nadie he hecho daño en toda mi vida!

—Lo sé: y por eso te pregunto si sabes la causa de esa carencia de afectos, de esa frialdad que te rodea, pobre hija mía.

—No la conozco, ni habia pensado nunca mucho en ella, porque me entristecen esos pensamientos.

—Ahora hablemos de tí: ¿tienes tú afecto, no á todas, pues ya veo que eso es imposible, sino á algunas de las personas que te visitan?

—No les tengo afecto; pero tengo inclinación á algunas, y si no fuera porque una invencible timidez me lo impide, y porque me falta tiempo para ello, desearía cultivar su amistad.

—¿Ya está explicado el enigma! exclamó el anciano: ¡la falta de tiempo! ¡La falta del tiempo que se pierde en un trato frívolo é inútil, y que se echa de menos para los afectos verdaderos!

II.

Mi amiga miró asombrada á su tío que prosiguió:

—No se pueden tener muchas amistades si se han de tener algunos amigos, hija mía: la vida está llena con dos afectos, y bastan si se sienten profundamente; el amor y la amistad: son dos dulces necesidades del corazón, y para satisfacerlas, todo el tiempo es corto.

¿A qué ese cúmulo de frívolas visitas? ¿puede creer en tu simpatía é interés la dama que solo conoce de tí el nombre inscrito en las tarjetas que le sube el lacayo? ¿Puedes tú creer en las tuyas, cuando él hace lo mismo?

—¿Pero si esa es la costumbre!

—Costumbre absurda y no tan generalizada tampoco como tú crees: llévate siempre esta regla en tu trato: *ni buscar amistades, ni perderlas.*

Las visitas son necesarias para conservar las relaciones sociales: son la expresión de la deferencia hacia los que nos son superiores: de la simpatía á nuestros iguales; de la piedad, hacia los que sufren: son, en fin, el lazo que une á la gran familia llamada sociedad, y bajo este punto de vista, son, no solo necesarias, si no agradables: pero lo que es inútil y absurdo, es ese afán de visitar que se ha desarrollado de poco tiempo á esta parte, y que á nada conduce mas que á perder el tiempo y la paciencia: si se dedican todas las horas de que se puede disponer á las visitas de cumplido ¿qué tiempo dedicaremos á las de afecto? ¿y cómo expresaremos este, sino yendo á ver, de cuando en cuando, á las personas que nos lo inspiren?

—Lo que me ha herido profundamente, dijo la joven, es que durante los días de mi enfermedad, apenas ha venido nadie á verme; nadie se ha ofrecido á velarme: nadie me ha acompañado una hora.

—En cambio, desde que saben que te levantas, tienes al criado de la antesala constantemente anunciando visitas y recibiendo tarjetas: además, la lista que se ponía á la puerta de la habitación, estaba llena todos los días.

—¿Sí! de nombres que venían á escribir criados, ó conocidos de mis amigos.

III.

—La sociedad exige mucho y da muy poco, dijo nuestro anciano amigo: despues de una noche de baile que has pasado sin dor-

mir, y empaquetada en un traje incómodo; despues de un día de visitas, fatigoso y eterno, ¿vuelves á tu casa con el espíritu alegre y el corazón tranquilo?

—¿Nunca, tío mío! ¡Mi cuerpo llega cansado! ¡mi espíritu vacío y triste!

—Así sucede á casi todas las personas, y desde luego á todas las que piensan y sienten.

—¿En qué consiste, pues, que algunas jóvenes que yo trato, están solo contentas así?

—Porque ni sienten ni piensan: porque esa frivolidad basta para llenar su tiempo y divertirlos: porque no tienen recursos en sí mismas: en una palabra, hija mía, porque miran siempre á la tierra y jamás al cielo! Pero eso no da la felicidad, ni la alegría, ni aun la tranquilidad: adquiere la costumbre de preguntarte cada noche al recogerte:—¿Qué he hecho hoy?—y verás qué dolor sientes al tener que contestarte:—Nada que valga algo:—Luego he arrojado un día al abismo! *Diem perdidit*, que decía el emperador Tito.

—Pero señor, observó un joven elegante y perfumado que se hallaba presente tambien: ¿se ha de retirar la señora de todo trato? Bella, rica, libre, pues es viuda, y en lo mas florido de la juventud ¿va á dedicarse solo á pensar y á sentir? ¿Y el buen tono? ¿Y su proverbial elegancia? ¿Se ha de eclipsar? ¿Se ha de morir moralmente?

—No señor: antes por el contrario, le aconsejo una *resurrección*; la resurrección á la dicha, á la paz consigo misma: que entre todas esas innumerables visitas elija aquellas personas que le sean mas simpáticas, ó que sean verdaderamente distinguidas por sus talentos y virtudes: que elija, en una palabra, lo que le agrada, lo que pueda amar, ó á lo ménos estimar: para la amistad, que se dedique mas á conquistar afectos que á provocar envidias: mas á ser amiga que á ser rival: mas á ser útil que á deslumbrar: que desee mas ser querida por sus bondades que ser citada por modelo de elegancia, y que prefiera la dulce intimidad de algunas pocas y elegidas personas al gran círculo, en el que solo se admiran sus trajes y sus prendidos, sin pensar en las nobles cualidades de su carácter y de su corazón.

Mi amiga besó tiernamente la mano de su tío, prometiéndole así, de una manera tácita, seguir sus consejos.

ZORAIDA.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

CAPITULO QUINTO.

TAMBIEN ADELA TROPIEZA.

(Continúa.)

A la mañana siguiente bien temprano, recibió Ernesto un billete de Adela. Dió un brinco en la cama al tomarlo de manos de su ayuda de cámara, y conocer que era del objeto de sus ensueños. Lo abrió precipitadamente y vió que en él le daban una cita para dos horas despues, en el mismo sitio en que tuvo lugar la primera.

Ernesto dió otro brinco y empezó á vestirse á una hora en que no tenia costumbre de hacerlo; pero todo lo puede el amor.

Yo creo, y permítaseme esta digresión, que Ernesto, que era hombre de buen gusto, habría dado el tercer brinco, y el cuarto, y hasta ciento, si además de fijarse en el contenido del billete, se hubiera fijado en su ortografía. Pero no lo hizo, así como no lo hizo con el primero, que por cierto no estaba escrito tal como lo hemos presentado nuestros lectores. Había una notable diferencia.

Conozco que hay hombres que no saben aprovechar las ocasiones que les brinda el placer. Y digo esto, porque no hallo cosa mas interesante, y que me conmueva mas que las faltas de ortografía en la carta de una mujer; por supuesto, si esta carta es dirigida á mí, y soy yo el que ha inspirado su contenido.

La ortografía del billete de Adela era pésima, y en esto estaba su verdadero encanto. La falta de ortografía y de corrección de estilo es un aliciente mas que tiene la mujer amada. Jamás he comprendido el mérito que tiene un billete amoroso bien escrito, y cuando he visto palotes en vez de letras, y letras como melones, no ha tenido límites mi alegría.

Un te *hano* escrito con *h*, es para mí el colmo de la felicidad..... ¿Cuántos atractivos!..... ¿Cuántos encantos le encuentro á esa *h*, que parece estar puesta allí con intención de hacerle á uno enloquecer!..... Pero hay otra cosa mejor todavía.

Cuando al final de una carta le dicen á uno: «adios, te *abrasa* de corazón tu &c.» vamos, no hay mas allá. Parece que la mujer que ha escrito aquello, le está *abrasando* á uno con *s*, aun antes de poderle abrazar con *z*.

Y cuanto mas instrucción tiene la mujer, y mas talento..... mas mérito le encuentro á esto, que algunos llaman faltas, y que para mí son tesoros que no tienen precio.

Sucede á veces con la mujer, que por muy instruida que sea, no se le pueden hacer comprender ciertas pequeñeces, que todos comprenden.

No recuerdo á quien le he oído decir, ó si lo he leído en alguna parte, que un célebre literato francés, que era íntimo amigo de la no menos célebre *Madama de Sevigné*, hablando con ella un día, le dijo, entre otras cosas: *je suis malade* (estoy malo), y ella respondió, *je la suis aussi* (tambien yo la estoy).

Pues bien; apesar del talento y de la instrucción de *Madama de Sevigné*, no pudo el literato convencerla de que debia decir *je le suis aussi* (yo tambien lo estoy), porque siempre contestaba: que ella se sentia femenino, á no dudarle; y decir de ella misma, *je le suis aussi* (tambien yo lo estoy), era convertirse de repente en masculino; cosa que le repugnaba sobremanera. Y no hubo medio de hacerla variar.

Si esto es verdad, seria un encanto mas que tendria para mí la bella Marquesa, á la que hubiera adorado de rodillas.....

Pero conozco que soy algo dado á las digresiones, y que esta es mas larga de lo regular. Y quizá no tenga conexión alguna con los amores de Adela y Ernesto, que es lo que me he propuesto referir. Aunque á la verdad, si Cervantes intercaló en el *Quijote el Curioso Impertinente*, que maldito lo que tenía que ver con la novela; bien puedo yo, que tengo mucho de curioso y quizá algo de impertinente, pero nada de Cervantes, mezclar lo que se me antoje en mi cuento, venga ó no venga á *idem*.

Volvamos á nuestros enamorados.

Adela y Ernesto se reunieron en el sitio señalado. Despues de los apretones de manos, y de esas mil niñadas que entre los que se aman dicen tanto, dijo ella:

—¿Sabes el encuentro que he tenido?

—¿A quién has encontrado?

—A D. Ambrosio.

—¡El pobre!... ¿Y no te has asustado?

—No tanto como otras veces, porque ahora lleva un sombrero muy elegante.

—¡Hóla! parece que hemos conseguido arreglarle la cabeza.

—Oh, sí, y también el vestido: ahora lleva mejores prendas.

—Bravisísimo; me alegro mucho de esta transformacion; siempre es un placer el hacer bien.

—Sí; pero sigue persiguiéndome; todos los dias pasa por casa dos ó tres veces.

—Déjale, si eso le sirve de consuelo al pobre.

El paseo siguió, y ámbos estuvieron jugueteos, como dos criaturas que eran.

Ernesto habia mandado preparar almuerzo en una casa inmediata y fueron allá.

Terminado el almuerzo, que estuvo lleno de encantos para los dos, salieron á pasear por una hermosa pradera, toda llena de árboles, y que por su frescura y soledad conviela á departir amorosamente.

Adela se colgaba del brazo de Ernesto y, brincaba como una loquilla, haciendo que él enloqueciera cada vez mas.

En uno de estos brincois quiso Ernesto abrazarla..... ella se desprendió con ligereza y se lanzó á correr. El trató de alcanzarla, y ya lo iba á conseguir, cuando por efecto de la violencia de la carrera, Adela dió un tropezon y vaciló un poco. Ernesto se precipitó hácia ella para sostenerla y la recibió en sus brazos.

(Continuará.)

CIDE HAMETE BENENGELI.

LA MUJER MARISCO.

A LOS QUINCE AÑOS.

Plato fino aunque algo soso.
Agradable y no sabroso
Sin nada excitante, en fin.
Es bonito, mas no hermoso.
Lo mismo que el LANGOSTIN.

A LOS VEINTE.

Se encuentra mas en sazón
Y es digna de figurar
En mesas de distinción:
Se la puede comparar
Con justicia al CAMARÓN.

A LOS TREINTA.

Pasó demasiado breve
La aurora de la hermosura.

Su rostro ya no conmueve.
Pero aun tiene su figura
Los encantos del placer.

A LOS TREINTA Y CINCO.

Tiene conchas y es preciso.
Segun el arte aconseja.
Sazonarla con un guiso.
Ya que en desgracia quiso.
Convertirla en una ALMEJA.

A LOS CUARENTA.

Ya por casarse está ciega:
Si un hombre á su lado llega.
Difícilmente se escapa.
Porque ya á esta edad se pega
Lo mismo que una LAPA.

A LOS CUARENTA Y CINCO.

Un continuo malestar
En su semblante se pinta:
No se la puede aguantar.
Su humor es como la tinta
Que hay dentro de un PALMARE.

A LOS CINCUENTA.

No conserva ni un hechizo:
Aun de las conquistas que hizo
El recuerdo le hace daño.
Y uno y otro desengaño
La han transformado en ERIZO.

A LOS SESENTA.

Del amor perdió la idea:
Va al templo y allí se postea.
Y en sus rezos se recrea.
Y en lo arrugada y lo fea
Solo parece..... UNA OSTRÁ.

BOABDIL EL CHICO.

MISCELANEA.

Nuestro estimado colega *La Voz de Cuba*, en el número 8º de su 3ª época, que ha inaugurado con la brillantez que de sus actuales direccion y redaccion esperábamos, al acusar el recibo de nuestra *Quincena* última, en términos benévolos á que le quedamos muy agradecidos, añade: «y respecto de la segunda (esta segunda es la que con el título de *La Voz de Cuba* pregonan algunos vendedores) debemos advertir que nada tiene de común con *La Voz de Cuba*, pues este periódico lleva en sí mismo las noticias de la quincena en las colecciones que envía á la Península.»

Pues bien: á pesar de esta bien explicita y terminante declaracion de nuestro estimado compañero de la calle del Teniente-Rey, los vendedores han seguido pregonando la aludida Quincena con el título de *La Voz de Cuba*, que no le corresponde, y llamamos la atención de la autoridad para lo sucesivo acerca de ese abuso con que, además de engañarse al público, podría el espíritu de especulación perjudicar al buen nombre de acreditadas empresas periodísticas.

La reina Isabel de Inglaterra, visitando un dia al canceller Bacon, le dijo: «Para ser un hombre tan grande, teneis una casa bien pequeña.»—«Señora, contestó el canceller, la falta es de Vuestra Majestad, que me ha hecho demasiado grande para mi casa.»

Muchos de los que emigraron
A los Estados Unidos,
Padecen *sindinitis*.
En grado tal, que se ha dicho,
Que ya, los que en otro tiempo
Mascaban á dos carrillos,
Los principios en la mesa
Suprimieron, y yo digo:
¡Vaya unos republicanos!
Consecuentes, vive Cristo,
Esos que tan fácilmente
Abandonan los principios!

Pero como están desocupados los republicanos aludidos, parece que se han dedicado á estudiar lógica, y nosotros lo celebramos, porque buena falta les hace.

En efecto, conceden que perdieron la primera expedicion del *Upton*; pero niegan que la segunda tuviera igual suerte; lo cual prueba que miran dichas expediciones como *premisas* de un *silogismo*, y segun vieja costumbre de los ergotistas, dicen: *concedo la mayor, y niego la menor*.

Pues bien, á eso decimos nosotros que no hay *mayor* ni *menor*, porque iguales fueron, sobre poco mas ó menos las dos *premisas* que el cobardísimo Javier trajo á Cuba, siendo la *consecuencia* de esas *premisas* haberse provisto el gobierno español de gran cantidad de armas y municiones sin gastar una peseta.

Está visto que la lógica de los laborantes vale tanto como sus *bonos*.

En las cuentas que el cobardísimo Javier ha presentado el estolidísimo Aldama, parece que hay partidas tan curiosas como la de la cuenta de una cocinera en que se decía: «Por una peseta de huevos..... dos pesetas.»

Y lo mas curioso del caso está en que al oír los pormenores de las citadas cuentas, parece que Bramosio miró á Cisneros, exclamando: ¡Así se engorda, mi amigo!

¿QUIEN NO SE CONSUELA?

En un pedazo de cristal, un dia,
Tuve yo de mirarme la ocurrencia,
Y quedé de mí mismo horrorizado.
Mas luego, con gran gozo ó alegría,
Al espejo, acudí de mi conciencia,
Y quedé, al verme bueno, consolado.

ALÍ-ALAH.

VER Y CREER.

¡Cál! No existe el amor, tal yo decía
Ha dos horas ó tres, á un rubio pollo.
Que en vano devanabase el meollo
Queriendo demostrar que yo mentía.

Como á todas las pruebas que emitía
Yo solo le objetaba un «¡si pimpollo!»
Los estribos perdió, se hizo un embrollo,
Y el pobre salir de él ya no podía.

Dejéme en paz, al fin, tomé el camino
De mi casa contento; mas la suerte
Hízome ver tu rostro peregrino.

Y mirándote, apenas..... ¡trance fuerte!
El amor concebí vehementemente y fino,
Que con toda verdad puedo ofrecerte.

ALÍ-ALAH.

Ya sabemos, segun un escrito del que nuestro caro colega *La Voz de Cuba* se burla con mucha gracia, que hay quien dice que los *mambises* cubanos han probado ser mas valientes que los espartanos en las Termópilas.

Mucho nos sorprende eso, porque aquí, donde al pobre D. Pepe se le llamó Sócrates, Ciceron y Divino Maestro, parece que no debíamos esperar tales exageraciones.

ACERTIJO.

Dedicado al Sr. que en el «Diario de la Marina» del martes 21, dió la solución del que se publicó en el número 38 de El Moro MUZA.

Si mis *piés* á mi *cabeza*
Añado, cosa es de *piés*:
Y *cabeza* con el *centro*
En mis *piés* siempre se vé.
(Que nada de *Calasínha*
Tiene, puedo sostener.
Por mas *piés* que tengan ellos
Y corran mas que un lebreli.)
Y que mi *todo* se forma
En mis *piés*, tan cierto es,
Cual creo no has de acertarlo
Ni de aquí á san Rafael.

FRANCISCO DE P. ROCA.